



SOCIEDAD DE ESCRITORES DE CHILE

## El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha: Capítulo Primero

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto de ella concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben; aunque, por conjeturas verosímiles, se deja entender que se llamaba Quejana. Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración de él no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso, que eran los más del año, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda. Y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas fanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber de ellos; y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas intrincadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: *La razón de la sinrazón que a mí razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra hermosura. Y también cuando leía: [...] los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.*

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar -que era hombre docto, graduado en Sigüenza-, sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar, era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de

# Alerce

## En Simpson 7



manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de sólo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto a Roldán, el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó a Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reinaldos de Montalbán, y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma que era todo de oro, según dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalón, al ama que tenía y aun a su sobrina de añadidura.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más estraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo; y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos, del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del estraño gusto que en ellos sentía, se dio prisa a poner en efecto lo que deseaba.

Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo, pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrión, hacían una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y

Una publicación periódica de la  
Sociedad de Escritores  
de Chile (SECH).

Nueva Época, Año 3, N° 20,  
Abril de 2016

podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dio dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho

pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza; y, sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fue luego a ver su rocín, y, aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque, según se decía él a sí mismo, no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así, procuraba acomodarse de manera que declarase quién había sido, antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba. Y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar *Rocinante*: nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los

rocines del mundo.

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar *don Quijote*; de donde -como queda dicho- tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que, sin duda, se debía de llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero, acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por Hepila famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse *don Quijote de la Mancha*, con que, a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase él:

-Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendido: "Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante?"

¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo, ni le dio cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla *Dulcinea del Toboso*, porque era natural del Toboso; nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.



## POÉTICA

### SILENCIO

Yo aprendí que el silencio era un vacío  
espaciadora pausa  
isla de soledad en mar sonoro.

Entonces era apenas aprendiz caminante  
me iba de todas partes con el llanto en los ojos  
y llegaba contento al punto de destino.

Mas, de pronto,  
el silencio se puso rumoroso  
y lentamente  
subterráneamente  
sentí dentro de mí que florecía  
me brotaban jardines  
y estallaban relámpagos y truenos tormentosos.

Ahora que aprendí  
ahora que camino tan callado  
tan sin ruido de voz ni de pisadas  
y llego a todas partes sin sonrisas  
vuelvo a vivir poblado de silencios  
ensordecido al tráfico de todos los caminos.

### CLEPSIDRA

Cuando niño ¡Qué nombre de misterio!  
¿Ignota flor? ¿Constelación astral?  
¿Diosa de Oriente? ¿Engañador veneno?

Era tan solo un vaso en que escanciaba  
licuado, gota a gota, el tiempo. Signo  
que fijaba las horas. Reloj muerto.

Pero el nombre “clepsidra”, sugerente,  
contiene aún reflejos misteriosos  
de diamante escondido en el desierto,

de vertiente sagrada, gruta mágica,  
campanadas de luz, estalactitas,  
voces de oráculo en conjuro tétrico.

Como reloj, tan solo encadenaste,  
sacrificaste al hombre ¡que fue libre!  
en el altar del Tiempo.

Vano sueño  
de envasijar al tiempo fugitivo  
y hacer de él, gota a gota, un licor nuevo.  
¡Vano intento!

Santiago Cavieres

### INCONVENIENTE MODERNIDAD

Amargura en silogismos  
Los ángeles se arrepienten de la eternidad  
en su vuelo marchitan escenas  
impregnadas de infelicidad.  
Paroxismo de placer para el mal  
¿qué es eso del bien si no sirve para salvarnos?  
Amores gitanos escupen fantasías en forma de postales  
del Atlántico.  
Somos seres sub+marinos, dominados por una lata de  
espárragos,  
oráculo de días futuros reflejado sin luz en el cosmos  
podrido.  
Dios codifica mensajes apócrifos de una existencia que  
nunca debió ser.  
El inefable ser inferior que lo quiere todo  
inventó la inducción para legitimar su ruina y, sin  
embargo, vive del egoísmo.  
Bienvenido a la desnudez del conocimiento.

Nicolás López-Pérez

Director: David Hevia

Ilustración: Kiyomizu Komachi

La invitación está extendida a todos quienes quieran  
participar como corresponsales de Alerce en Simpson 7,  
planteando ideas, comunicando noticias y enviando textos al  
correo electrónico [alerce@sech.cl](mailto:alerce@sech.cl)  
Página web: [www.sech.cl](http://www.sech.cl)  
Encuétranos en Facebook y Twitter

## NARRATIVA

### LA SALA DE CALIGRAFÍA

1

En la sala de caligrafía, todo era silencio, el Maestro  
Osaka dibujaba con el mayor esmero el kanji de la semana.  
Los discípulos seguían el diseño de cada línea con la  
devoción de quien recorre un cuerpo hermoso. La tinta  
negra, el papel de arroz, los variados pinceles y el Maestro

Osaka concentrado en ese complejo ideograma de más de  
cuarenta trazos. Movía la mano con destreza y elegancia  
como dirigiendo un estado de ánimo, una sensación, un  
orden establecido que encerraba y reflejaba todo un  
universo. Era, sin duda, una tarea difícil para los  
estudiantes extranjeros; sin embargo, ellos deseaban  
aprender japonés, por eso habían inscrito esta asignatura:  
“Para leer a Mishima y Kawabata.”, pensaba Eloísa, la  
alumna más aventajada del curso.

Mientras el Maestro Osaka seguía dibujando, afuera  
caía una tenue llovizna, apenas perceptible. De repente,  
el silencio fue quebrado cuando el joven Hotaru ingresó en la  
sala. Todos los ojos se clavaron en su bello rostro, menos  
los del Maestro Osaka que seguía concentrado en la última  
bella línea del dibujo. Cuando Hotaru tomó asiento, el  
Maestro Osaka se volvió y dijo en voz alta: “Sabía que  
usted llegaría antes de que yo terminara mi tarea.” Todos  
se extrañaron y nadie se atrevió a decir nada. Hotaru sonrió  
y sus ojos almendrados brillaron recorriendo la sala y los  
rostros asombrados de sus compañeros de clase.

“Este kanji me permite adivinar lo que vendrá.”,  
repitió el Maestro Osaka con el eco de un misterio y la  
magia de lo que se intuye como desconocido y  
perturbadoramente fascinante. Un murmullo recorrió la  
sala y las sillas sonaron casi todas al mismo tiempo.

“Hace mucho que me dedico al bello y noble arte  
de la caligrafía y en todos estos años nunca había  
experimentado lo que me sucede cuando trazo las líneas de  
este ideograma. La mano entra como ciega por la tela,  
como desbrozando un bosque, como intentando encontrar  
una salida que muestre, ya al otro lado del espejo, el rostro  
de esos trazos que son vivos tientos del ser que se  
manifiesta en esa forma que cifra algo inenarrable.”

Todos escuchaban al Maestro Osaka con religiosa  
atención. Él tenía su vista puesta hacia la ventana de la sala  
que daba sobre un hermoso jardín de bambúes, lo cual daba  
la impresión de que estuviera como ausente, como  
suspendido en una línea divisoria entre dos espacios.

El joven Hotaru comenzó a sentirse extraño, su  
frente se llenaba de sudor y el mechón que la cubría

comenzaba ya a tocar su ojo derecho, mientras sus  
extremidades inferiores temblaban como si hubiera  
recorrido una gran distancia. Sin embargo, bruscamente se  
puso de pie y, para sorpresa de todos, en ese preciso  
instante desapareció de la sala. Nadie pudo moverse y todo  
quedó congelado.

2

En la sala de caligrafía, todo era silencio, el Maestro  
Hotaru dibujaba con el mayor esmero el kanji de la  
semana. Los discípulos seguían el diseño de cada línea con  
la devoción de quien recorre un cuerpo hermoso. La tinta  
negra, el papel de arroz, los variados pinceles y el Maestro  
Hotaru concentrado en ese complejo ideograma de más de  
cuarenta trazos. Movía la mano con destreza y elegancia  
como dirigiendo un estado de ánimo, una sensación, un  
orden establecido que encerraba y reflejaba todo un  
universo.

Mientras el Maestro Hotaru seguía dibujando,  
afuera caía una tenue llovizna, apenas perceptible. De  
repente, el silencio fue quebrado cuando el joven Osaka  
ingresó en la sala. Todos los ojos se clavaron en su bello  
rostro, menos los del Maestro Hotaru que seguía  
concentrado en la última bella línea del dibujo. Cuando  
Osaka tomó asiento, el Maestro Hotaru se volvió y dijo en  
voz alta: “Sabía que usted llegaría antes de que yo  
terminara mi tarea.”

Eloísa, la alumna más aventajada del curso, que ya  
podía leer 仮面の告白 (Kamen no Kokuhaku: Confesiones  
de una Máscara) y 美しさと哀しみと (Utsukushisa to  
kanashimi to: Lo Bello y lo Triste), tuvo la sensación de  
haber presenciado esta escena, no sabía cómo ni cuándo,  
pero estaba segura de que había sido una realidad vivida,  
que la sala de caligrafía era como una nave interestelar  
llena de ideogramas que anunciando el porvenir anulaban  
sin embargo el tiempo humano.

Tulio Mendoza Belio

